

[La predicación del evangelio](#)

[Preparación para la predicación](#)

[Preguntas que emplea el predicador del evangelio](#)

[Cuando se te pida predicar el evangelio](#)

[Cara y sello en la predicación](#)

[¿Conversiones psicológicas o espirituales?](#)

[El predicador procura hallar palabras](#)

[El Sembrador y el Segador](#)

La predicación del evangelio

John Dennison, Hermosillo, México



La mayoría de los creyentes se han visto a veces como un campo de batalla. Muy adentro, el anhelo de ver almas salvadas choca contra una alianza de nervios, el temor de sentir vergüenza y una falta de confianza. Queremos ser testigos, pero muchas veces perdemos la batalla adentro y faltamos a nuestro Salvador. ¿Cómo podemos mejorar? Quizás nos ayudará considerar al Maestro de ganadores de almas.

La Ley de Primera Mención exige que busquemos principios básicos en el primer ejemplo de la salvación de un alma. En Edén Jehová Dios llevó hábilmente a Adán y Eva a reconocer su pecado y a fe en la provisión que Él había hecho. ¿Cómo lo hizo? ¿Qué podemos aprender? Si se puede trazar estas verdades a lo largo de la Escritura, podemos afirmar con confianza que son principios para guiarnos cuando vamos a “todo el mundo”.

1. Nuestra perspectiva

¿Todo creyente debe testificar o querer testificar?

¿Testificar es un privilegio o es una responsabilidad? Antes de su ascensión el Señor mandó a sus discípulos: “Id por todo el mundo y predicad [proclamad] el evangelio a toda criatura” (Marcos 16.15). No fue una idea, sugerencia o solicitud. El Salvador espera y ordena a sus discípulos a compartir el evangelio. No todos podemos predicar públicamente, pero todos DEBEMOS cumplir con nuestro deber a testificar.

Nuestro concepto de testificar debe ser muy diferente al de una responsabilidad exigida. Jehová Dios demostró su capacidad a alcanzar las almas en Edén sin una involucración humana. El Señor no nos NECESITA para testificar, ¡pero QUIERE contar con nosotros! Por sí solo puede encontrar a un Felipe o un Natanael. Sin embargo, nos concede el privilegio de encontrar un alma así como Andrés encontró a Pedro. Por esto, su orden no tiene que ver con un deber; es una directriz de permiso. Es la concesión de una oportunidad a compartir en su obra. Él puede pescar a solas (Juan 21), o podemos bajar la red y ser colaboradores suyos. Una debida perspectiva del privilegio emocionante de hablar, escribir, compartir o vivir una palabra para Él debe motivarnos todos.

2. Nuestro propósito

Jehová Dios habló a Adán y Eva, primeramente para llevarles al arrepentimiento (un cambio de mente para ver el pecado cómo Dios lo ve) y luego a una apropiación personal del sacrificio (versículo 14). Debemos estar claros en nuestros objetivos. No estamos tabulando “entregas”, “decisiones para Cristo”, o “corazones dados al Señor”. Cuesta no fijarnos en “cantidades” en nuestros resultados en una sociedad tan orientada a evidencias palpantes. Sin embargo, el Señor dijo: “Seréis mis testigos”. Nuestra meta es llevar la gente a la persona de Cristo para que reconozca la santidad de Dios (Dios es Luz) y a la provisión de Cristo para que reconozca el interés de Dios (Dios es Amor). Nos corresponde testificar fielmente, y el Señor se responsabilizará por los resultados.

3. Nuestras prioridades

Nuestra primera prioridad debería ser la propagación de la semilla de la Palabra de Dios. Hacerlo es imitar al Salvador (Mateo 13.3). Felipe el Evangelista esparció fielmente el evangelio en Samaria en Hechos 8. ¡Cumplió la comisión del Salvador a ir y evangelizar!

Nuestra segunda prioridad debería ser el de buscar almas específicas con quienes Dios está tratando. El Señor buscó y encontró proactivamente a Adán y Eva (versículo 8). Obsérvese que nunca salió en busca del Diablo; para él no había salvación. El Señor sabía dónde encontrar a Adán y Eva en el Huerto y a encontrarles al aire del día. La evangelización de butaca no está en la Biblia; ¡debemos IR! Tenemos que fomentar una sensibilidad a la dirección divina así como Felipe fue guiado al etíope eunuco. Tenemos que tomar muy en serio dónde, cuándo y cómo podemos encontrar almas específicas que están buscando la paz.

Fíjese qué vino primero. No hay “Especialistas en Almas Perturbadas”. Cuando estamos cumpliendo con nuestra responsabilidad general, Dios concede una oportunidad específica. Siempre es más fácil dirigir un vehículo cuando ya está en marcha. El Señor le dirigirá a almas específicas cuando usted está difundiendo el evangelio fielmente.

Nuestra tercera prioridad es aplicar y apoyar la metodología divina. En el Nuevo Testamento la predicación pública es el método predelicto de Dios. Tenemos que testificar para preparar el pueblo a oír la palabra predicada. Muchos han sido salvos por medio de solamente un testimonio, pero el patron es: “Los que fueron esparcidos iban a todas partes anunciando (testificando) el evangelio. Entonces Felipe, descendiendo a la ciudad de Samaria, les predicaba (proclamaba públicamente) a Cristo”. (Hechos 8.4,5) Por cuanto toda obra de predicación es parte de la extensión de una asamblea, debemos usar nuestro testimonio para fomentar esta obra también.

Nuestra cuarta prioridad es ayudar a las almas a ubicarse. La primera pregunta de Dios a Adán le hace darse cuenta de su posición espiritual. Esta primera “orientación” tuvo lugar antes de que fuesen llevados a aceptar la provisión que Dios hizo. Empujar las almas “no ubicadas” a hacer algo (creer) es prematuro y conduce a profesiones falsas o un grave rechazo al crecimiento en la fe después de conversión.

Nuestra quinta prioridad es intentar a enfocar las almas sobre el carácter de Dios. Antes de presentarse el Señor al aire del día, Adán y Eva percibían pero no identificaban un problema de sentir la vergüenza de la memoria y los dardos de la

conciencia. Pero, cuando se compararon con Jehová Dios, comprendieron la magnitud de su pecado.

4. Nuestros problemas

TEMOR VERSUS CONVICCIÓN: Adán dijo que ellos se escondieron en los árboles porque tenía miedo y se sentía apenado. Esto fue muy diferente a su convicción de pecado cuando Dios le habló. Su temor de las consecuencias fue diferente de su comprensión de la santidad de Dios y su propia necesidad. Este problema de temor en vez de convicción predomina especialmente en los niños. Temen ante eventos tales como la muerte, el infierno o el arrebatamiento pero todavía no han captado qué son el pecado y su responsabilidad personal. Es esencial enfocarles sobre su pecado y la santidad divina. El Señor habló del castigo por sus pecados DESPUÉS de hablar de qué es el pecado y su responsabilidad personal. El temor se basa en las emociones; la convicción se basa en la Escritura.

RELIGIÓN: La gente suele buscar una solución física a un problema espiritual. Adán y Eva cosieron túnicas de hojas de higuera en un intento a cubrir su desnudez (versículo 7). Intentaron una solución para un síntoma físico de un problema sistémico en lo espiritual. Generalmente la mente humana tiende a pensar en función de terminos concretos. Son difíciles de captar las cuestiones espirituales tales como pecado, santidad, salvación y seguridad. A menudo las almas se recurren a ciertas actividades físicas como bautismo, oraciones, ídolos y rezos. Jehová Dios nunca les criticó a Adán y Eva, ni tampoco Felipe se burlaba del híbrido del judaísmo y el paganismo en Samaria. Presentemos la verdad, y tarde o temprano las almas verán lo falso por lo que es.

¡EXCUSAS, EXCUSAS, EXCUSAS! La naturaleza humana está torcida por el pecado y el corazón es engañoso. La mayoría seguirán al primer hombre y mujer, y buscarán a quién echarle la culpa o por una excusa que ofrecer. Obsérvese el mucho uso de *ti, te, tú* en los versículos 15 y 16. Al testificar, debemos enfocar respetuosa y tiernamente sobre nuestra responsabilidad ante Dios.

5. Nuestras prácticas

Jehová Dios empleó su propia palabra dicha (versículo 11) para llevar a cabo la convicción y salvación. El Diabolo obra intensamente para echar duda sobre la Palabra de Dios. Él sabe cuán poderosa es. Por esto debemos reafirmar constante y acertadamente la Palabra de Dios a las almas. La voz de Dios por medio de su Palabra es lo que trae la regeneración a las almas (1 Pedro 2.23). Felipe se ciñó a este principio original, “comenzando desde esta escritura” al Eunuco en Hechos capítulo 8. El Salvador hizo lo mismo con el Abogado en Lucas 10.25,26. Hay un gran valor en repasar los Diez Mandamientos y Romanos capítulo 3 al testificar a las almas. Intentemos dejar con ellas todo lo posible de la Palabra de Dios. A veces hace falta cantidad y volumen de soporte, pero otras veces una palabra en sazón puede doblagar un alma ante su necesidad.

A menudo es importante valerse de las circunstancias del momento y los objetos bien conocidos al tratar con uno. Jehová Dios utilizó la locación física de Adán entre los árboles para dar inicio a una conversación que le llevó a fe en el sacrificio. Pablo empleó esta técnica en Hechos capítulo 17 al comenzar con su observación del altar ateniense al DIOS NO CONOCIDO.

Las preguntas también son importantes al entablar una buena conversación.

El Señor usaba mayormente el *quién, qué, dónde, cuándo y por qué*. Las preguntas *Sí/No* tienden a elicitar respuestas de una sola palabra con poca o ninguna explicación. El Señor usó este tipo de pregunta para lograr que Adán dijera lo que Él ya sabía y lo que Adán estaba pensando. Debemos ser sensibles a los antecedentes y los niveles de conocimiento e interés. Como el Señor, debemos PREGUNTAR y luego ESCUCHAR para obtener esta información. Felipe comprendía su auditorio y predicaba *Cristo* a los judíos bien informados y *Jesús* a los samaritanos menos instruidos.

Finalmente, hay un gran valor en emplear ilustraciones auténticas de verdades espirituales. Jehová Dios utilizó las pieles de animales para enseñar una gran verdad espiritual. El Salvador se valió de parábolas y de las historias del Antiguo Testamento. Las ilustraciones no son la puerta a la salvación pero pueden admitir luz para iluminar la mente. Debemos usarlas cuidadosamente y con oración.

Testificar no es fácil ni natural para la mayoría de las personalidades. Es un estilo de vida a ser desarrollada, una meta a ser proseguida y una obra en la cual invertir. Tenemos que contar con la ayuda de Dios en todos los aspectos de nuestro testimonio. Que Él nos ayude a sentir más de su pasión, a comprender más sus principios y a contar con más de su poder en nuestro testimonio para Él. ¡Oh el gozo en nuestros corazones cuando podemos decir ‘Por este niño oraba’!

Preparación para la predicación

Adaptado

Hay tres reglas básicas para todo creyente que propone declarar el santo evangelio, bien sea en una reunión de predicación o en una escuela dominical. La tal persona debe:

- pedir la voluntad de Dios
- estudiar la Palabra de Dios
- hablar la verdad de Dios.

Hablemos primeramente de **pedir la voluntad de Dios**. Es tanto el motivo como el incentivo del predicador. Quien va a declarar la voluntad divina tiene que conocerla y absorberla. Debe ver la humanidad como Dios la ve. Por encima de todo, debe tener amor para con los perdidos.

El Señor, “al ver las multitudes, tuvo compasión de ellas, porque estaban desamparadas como ovejas que no tienen pastor”, Mateo 9.36. En la sinagoga dijo: “El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas”, Lucas 4.18.

Vemos que el Señor tuvo primeramente una visión de los hombres. Seamos como el profeta: “Visión de Isaías ... oíd cielos, escucha tú, tierra, porque habla Jehová”. Segundo, nuestro Señor tuvo pasión por la humanidad, “tuvo compasión de ellos”. Nuestro poder con los semejantes será según la medida de nuestro interés por ellos. Tercero, tuvo una misión entre su pueblo.

Predicador, maestra: Haya en usted este sentir que hubo también en Cristo Jesús. Tenga visión, pasión y misión. Es por la locura de la predicación que agrada a Dios salvar. El amor de Cristo nos constriñe.

Hablemos ahora de **estudiar la Palabra de Dios**. Esta es el tema y la base del mensaje. Quien va a hacer conocer la Biblia, tiene que conocerla por sí mismo. El predicador de Eclesiastés 12 procuró hallar las palabras y escribirlas rectamente; hizo escuchar e hizo escudriñar.

Observemos que ese predicador se esforzó en la elección del tema. Hay que presentar los hechos del evangelio con claridad; Pablo, por ejemplo, recordó a los corintios en el 15.3 que les había enseñado lo que él mismo había recibido. Su mensaje fue preciso: la muerte, sepultura y resurrección de Cristo. Es el evangelio en sí que es el poder de Dios para salvación. No es nuestra persuasión ni insistencia, sino la pureza del mensaje.

Segundo, debemos considerar la exposición del mensaje. La predicación y enseñanza son trabajos arduos, y el obrero no tendrá de qué avergonzarse si traza bien la palabra de verdad, 2 Timoteo 2.15. Los sermones del Señor nunca eran desordenados ni innecesariamente repetitivos. Él supo escoger temas e ilustraciones de acuerdo con los conocimientos y actitudes de sus oyentes.

Finalmente, prestemos atención a la intención de lo que decimos. No predicamos para impartir sabiduría sino para apelar al alma. “Las palabras de los sabios son como agujones; y como clavos hincados son las de los maestros ... dadas por un Pastor”, Eclesiastés 12.11. La buena predicación convence antes de convertir; corta antes de curar.

Llegamos ahora a **hablar la verdad de Dios**. Este es el objeto y carácter del mensaje evangélico. El que va a hablar la verdad tiene que vivirla. Tendrá que hablar la verdad en amor. No es asunto de atacar a otros evangélicos ni otras religiones; el perro deja el hueso seco cuando ve una carne roja. El predicador debe dar evidencia de su sinceridad.

En este sentido, es significativo cómo se usan las manos, voz y ojos. Cuando Pablo estaba ante una muchedumbre hostil en Jerusalén, “hizo señal con la mano al pueblo”, comenzando su defensa ante Agripa, extendió la mano; en Listra habló a cierto hombre a gran voz, “fijando en él sus ojos”, Hechos 21.40, 26.1, 14.9. No hay por qué quedarse inmóvil, pero tampoco uno debe ser molino o remolino.

Debemos hablar con sencillez. Las palabras de Jesús eran poderosas pero sencillas. Habló de pájaros, viento, niños, sed, descanso. Su forma de expresarse era, por ejemplo, “Tu fe te ha salvado”, o, “Es necesario nacer de nuevo”. Sus parábolas eran cortas pero cortantes.

Y, de último, el predicador y la maestra tienen que manifestar reverencia. La liviandad y las expresiones chabacanas pueden borrar todo lo demás. La oración fervorosa, antes y después, es importante pero acordémonos de que las oraciones públicas deben ser cortas y corteses.

Con todo, tengamos presente que si bien es cierto que el sembrador salió a sembrar, fue la semilla, y no el sembrador, que llevó el fruto.

Preguntas que emplea el predicador del Evangelio

¿Conque Dios os ha dicho?	Génesis 3.1
¿Dónde estás tú?	Génesis 3.9
¿Quién te enseñó que estabas desnudo?	Génesis 3.11
¿Qué es lo que has hecho?	Génesis 3.13
¿Dónde está el cordero para el holocausto?	Génesis 22.7
¿Irás tú con este varón?	Génesis 24.58
¿Cómo, pues, haría yo este gran mal, y pecaría contra Dios?	Génesis 39.9
¿Está, pues, Jehová entre nosotros, o no?	Éxodo 17.7
¿A dónde vas, y de dónde vienes?	Jueces 19.17
¿Cuántos años más habré de vivir?	2 Samuel 19.34
¿Quién extenderá su mano contra el ungido de Jehová, y será inocente?	2 Samuel 26.9
¿Hasta cuándo claudicaréis vosotros entre dos pensamientos?	1 Reyes 18.21
Si no te salva Jehová, ¿de dónde te puedo salvar yo?	2 Reyes 6.27
¿Quién hará limpio a lo inmundo?	Job 14.4
Perecerá el hombre, ¿y dónde estará él?	Job 14.10
Si el hombre muriere, ¿volverá a vivir?	Job 14.14
¿Traerá el hombre provecho a Dios?	Job 22.2
¿Cómo, pues, se justificará el hombre para con Dios?	Job 25.4
¿Dónde se hallará la sabiduría?	Job 28.12
¿Quién nos mostrará el bien?	Salmo 4.6
¿Por qué me has desamparado?	Salmo 22.1
¿A dónde me iré de tu Espíritu?	Salmo 139.7
¿Quién subió al cielo, y descendió?	Proverbios 30.4
¿Quién ha creído a nuestro anuncio?	Isaías 53.1
¿Podremos acaso ser salvos?	Isaías 64.5
¿Guardará su enojo para siempre? Jeremías 3.4,5	¿Eternamente lo guardará?
¿Por qué me hicieron airar con sus imágenes de talla, con vanidades ajenas?	Jeremías 8.19
¿Podréis vosotros hacer bien, estando habituados a hacer mal?	Jeremías 13.23
¿No os conmueve a cuantos pasáis por el camino?	Lamentaciones 1.12
¿Con qué me presentaré ante Jehová?	Miqueas 6.6
¿Haces tú bien en enojarte tanto?	Jonás 4.4
¿Quién es sabio para que entienda esto, y prudente para que lo sepa?	Oseas 14.8,9
¿No es éste un tizón arrebatado del encendido?	Zacarías 3.2

¿Qué heridas son estas en tus manos?	Zacarías 13.6
¿Qué más me falta?	Mateo 19.20
¿Qué pensáis del Cristo?	Mateo 22.42
¿Cómo escaparéis la condenación del infierno?	Mateo 23.33
¿Qué, pues, haré de Jesús, llamado el Cristo?	Mateo 27.22
¿Qué tienes con nosotros, Jesús nazareno?	Marcos 1.24
¿Qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?	Marcos 8.36
¿Qué haré para heredar la vida eterna?	Marcos 10.17
¿Quién, pues, podrá ser salvo?	Marcos 10.26
¿Quién es éste, que también perdona pecados?	Lucas 7.49
¿Quién, pues, es éste, de quien oigo tales cosas?	Lucas 9.9
¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees?	Lucas 10.26
¿Son pocos los que se salvan?	Lucas 13.23
¿Qué quieres que te haga?	Lucas 18.41
¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo?	Juan 3.4
¿De dónde, pues, tienes el agua viva?	Juan 4.11
¿No será éste el Cristo?	Juan 4.29
¿Quieres ser sano?	Juan 5.6
¿Qué debemos hacer para poner en práctica las obras de Dios?	Juan 6.28
¿A quién iremos?	Juan 6.68
¿Cómo dices tú: Seréis libres?	Juan 8.33
¿Quién de vosotros me redarguye de pecado?	Juan 8.46
¿Por qué vosotros no me creéis?	Juan 8.46
¿Cómo, pues, dices tú que es necesario que el Hijo del Hombre permanece para siempre?	Juan 12.34
¿Cómo, pues, podemos saber el camino?	Juan 14.5
¿Qué debo hacer para ser salvo?	Hechos 16.30
¿Qué querrá decir este palabrero?	Hechos 17.18
¿Quién eres, Señor?	Hechos 22.10
¿Somos nosotros mejores que ellos?	Romanos 3.9
¿Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?	Hebreos 2.3
¿Cuál será el fin de aquellos que no obedecen al evangelio de Dios?	1 Pedro 4.17
¿En dónde aparecerá el impío y el pecador?	1 Pedro 4.18
¿Dónde está la promesa de su advenimiento?	2 Pedro 3.4

Cuando se te pida predicar el evangelio

David R. Alves, Puerto Vallarta, México
El Mensajero Mexicano, número 20

1. Sé cumplido

Predicar el evangelio es un alto privilegio y, por ser un diaconado espiritual, es también una gran responsabilidad. Ser embajador de Cristo y portavoz de la asamblea es un compromiso serio que debería realizarse en el temor de Dios. No lo tomes a la ligera. Pablo escribió: “Decid a Arquipo: Mira que cumplas el ministerio (diaconado) que recibiste en el Señor” (Colosenses 4:17). En caso de no poder hacerla, contacta lo más pronto posible al hermano que te pidió predicar para que pueda hacer otros arreglos con tiempo. Las cosas del Señor se hacen decentemente y con orden (1 Corintios 14:40).

Si parece que el Señor te ha dado don para predicar, aprovecha cada oportunidad al máximo. Sé buen administrador de tu don (1 Pedro 4:10) y úsalo para el bien de otros, no para tu propia gloria o popularidad. No descuides tu don (1 Timoteo 4:14), avívalo constantemente (2 Timoteo 1:6). No prediques como loro huasteco, simplemente repitiendo lo que escuchaste de otro o repitiendo sin ejercicio fresco lo que ya predicaste en una ocasión anterior. Acuérdate del gran error de Sansón: se confió en ayuda que Dios le dio en el pasado, pero eso no valió para su necesidad presente. Tu oratoria de nada valdrá sin oración.

Si te pones muy nervioso, o te enfermas al pensar que tienes que predicar, ¡es buen síntoma! No tengas temor del hombre, confía en el Señor (Proverbios 29:25). No dejes que los nervios interfieran con tu ejercicio.

2. Sé consecuente

Primero practica lo que crees, y luego prédicalo (Esdras 10:7). La vida, o el testimonio, del que predica es de suma importancia. Spurgeon decía que hay predicadores que cuando están en la tribuna uno desea que nunca se bajen (por el poder con que predicán), mientras que hay otros predicadores que cuando no están en la tribuna ¡uno desea que nunca se suban! (por el mal testimonio que tienen). Cuando dice del Señor Jesucristo que “la gente se admiraba de su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas”, es porque veían en Cristo el ejemplo perfecto de todo lo que predicaba (Mateo 7:27, 28). Sus palabras tenían peso. No así los escribas, pues ellos no practicaban lo que predicaban. E. M. Bounds dijo que predicar el evangelio no es el arte de hablar una media hora, sino debería ser el rebozo de una vida. Evita que tu predicación sea un experimento aislado y estéril en un laboratorio, sino la expresión de lo que vives día tras día.

3. Sé característico

O sea, sé genuino, u original. ¡Sé tú! Aprende todo lo que puedas de los que predicán bien el evangelio, pero no trates de ser lo que no eres. Pablo, Pedro y Apolos eran muy distintos entre si pero todos fueron usados grandemente por Dios. Si eres joven no trates de predicar como si fueras un viejito. Si usted es viejo (¡lo siento mucho!)

mantén su dignidad característica de la tercera edad. A veces oigo a hermanos haciéndose pasar por Shakespeare; otros imitan a Tarzán. Si eres hispano evita hablar con acento anglosajón. A veces uno inconcientemente adopta estilos de otros. Eso no es el problema; me refiero a lo irrisorio que es cuando uno detecta imitaciones que son adrede. Ser predicador no es ser actor.

4. Sé cristológico

Hay una gran variedad de temas que deben tocarse en una predicación. No pierdas de vista, sin embargo, que el tema principal del evangelio es la persona y obra de Cristo (1 Corintios 15:1-4). Recuerdo una predicación en la que tuvimos que esperar veintitrés minutos para escuchar la primera mención del nombre del Señor Jesucristo. Para colmo, la segunda mención, por el segundo predicador, ¡llegó trece minutos después!

¿Predicamos a Cristo crucificado? Pablo recordó a los gálatas que Jesucristo habla sido presentado claramente entre ellos como crucificado. Y, por favor, cuando prediques a Cristo, cita la Biblia, ¡no lo que muestran las películas! No necesitamos la ayuda de Hollywood.

5. Sé claro

Escoge pasajes fáciles de desarrollar. ¡Hay muchos! Agota los grandes versículos del evangelio. No te enredes en temas difíciles. No creas que tienes que conseguir versículos que nunca se han leído antes. Recuerda que no estás predicando a los creyentes. Predica como si el local estuviera lleno de niños de nueve años que escuchan el evangelio por primera vez. El evangelio es un mensaje sencillo. Todos los oyentes deberían irse a casa diciendo: “Más claro no canta el gallo”. Lee con cuidado, y habla de tal manera que se te pueda oír y entender (Nehemías 8:12). Desarrolla tu mensaje de manera coherente. No uses el método del saltamontes: brincar y brincar para allá y para acá. Tampoco des vueltas en el desierto por treinta y ocho años.

6. Sé coincidente

Busca maneras de coincidir, o “conectar”, con tu auditorio. Fíjate en los mensajes de Cristo que se ajustaron al oyente o la ocasión:

En Juan 3 le habló del Antiguo Testamento a un experto en el tema.

En Juan 4, a la mujer samaritana en busca de agua, le habló de agua viva.

En Juan 5, a un hombre enfermo, le habló de su estado de salud.

Estudia a tus oyentes, usa el vocabulario adecuado y anécdotas con que puedan identificarse. En una colonia o pueblo de pobreza extrema, por ejemplo, evita ejemplos que involucren cuentas bancarias, tarjetas de crédito y tasas de cambio. Allí, lo más seguro es que esconden el poco dinerito que tienen debajo del colchón. Si estás predicando el evangelio en un lugar nuevo, háblales de la puerta abierta antes de la puerta cerrada.

7. Sé correcto

Apréndete bien el significado de las doctrinas clave del evangelio: el arrepentimiento, la fe, la redención, la expiación, la propiciación, la salvación, el perdón, la santificación, etcétera.

Para empezar, empápate de la carta de Pablo a los Romanos y del Evangelio de Juan. Evita terminología que no es bíblica. Aprende la interpretación correcta de las parábolas antes de darles una aplicación. ¿Qué significado espiritual tiene cada milagro de Cristo? “Usa bien la palabra de verdad” (2 Timoteo 2:15).

Aprovecha la ayuda que pueden serte creyentes de más capacidad y experiencia. Priscila y Aquila (en ese orden; ¿fue ella la que más participó?) tomaron a Apolos aparte y le expusieron más exactamente el camino de Dios (Hechos 18:26). Nunca pienses así: “A mí nadie me va a decir”. Asiste a cuantas predicaciones puedas de otros hermanos. No asistas nada más por que te toca predicar a ti. Pon especial atención a los evangelistas, los que obviamente tienen el don para predicar el evangelio. Fíjate cómo empiezan, desarrollan y concluyen sus mensajes.

8. Sé conciso

Son muy contados los predicadores que pueden llenar con provecho más de veinticinco minutos en una predicación. Abundan los que son como barcos sin rumbo en alta mar; o como aviones que circulan el aeropuerto un sin fin de veces antes de aterrizar. Sydney Maxwell me enseñó que con tres puntos (máximo cinco) se arma un mensaje eficaz.

No leas los 176 versículos del Salmo 119 si el único que vas a considerar es el versículo 105. En mi niñez asistí al local de la Calle Anzoátegui, Valencia, y uno de dos textos de los cuales me acuerdo es el que estaba sobre el reloj en la pared a la derecha del que predicaba: “El tiempo es corto” (1 Corintios 7:29). Usa el tiempo disponible sabiamente y distribuye tu material proporcionalmente. ¡Cuántas veces no nos ha pasado a tantos de nosotros que llegamos al fin de nuestro tiempo con más de la mitad del material que preparamos aún por cubrir! “No hurtarás” al otro predicador. Hay que saber dividir sesenta (minutos) entre dos, o tres. “Médico, cúrate a ti mismo”, oí que dijeron por ahí.

9. Sé conmovedor

Ten cuidado con este punto. No nos referimos aquí a métodos de apelar a las emociones. Apreensión por fe no tiene nada que ver con lo emocional sino con entendimiento espiritual. Si los temas del evangelio no conmueven al que habla, difícilmente conmoverán al que escucha. Francamente, me he sentado bajo discursos secos y aburridos que recuerdan a uno el ejercicio de escuchar la narración por radio de un juego de ajedrez.

Al escuchar a Pablo predicar sobre la justicia, el dominio propio y el juicio venidero, Félix se espantó (Hechos 24:25). En el día de Pentecostés los oyentes quedaron compungidos de corazón; el mensaje de Pedro les llegó como un hachazo a lo más profundo del alma. Para esto, necesitamos tener poder con Dios y con los hombres. Pablo dijo: “Ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría de los hombres, sino con el poder de Dios, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios” (1 Corintios 2.4,5).

En cuanto a anécdotas e ilustraciones, ten cuidado. Relatando una muerte, por ejemplo, recuerda que no eres médico forense levantando un cadáver. Evita datos grotescos y de mal gusto. Usualmente hay niños presentes. Usa los datos de la historia que mejor sirven para ilustrar el mensaje del evangelio. Lo mismo aplica a pecados de inmoralidad, ¡no abundes en detalles!

10. Sé convincente

Habla con seguridad y convicción. Para esto, necesitas conocer tu tema, los versículos que vas a citar y las ilustraciones a emplear. Expresiones como “no estoy muy seguro”, “¡a no, mentira!”, “no me acuerdo dónde dice”, no ayudarán a convencer al que oye. Me gustaba mucho oír a Santiago Saword decir, mientras golpeaba la tribuna, que después de setenta años de salvo, él no tenía duda de que “el evangelio es la pura verdad”. El ateo no cree y el agnóstico dice que no se puede saber, pero Pablo decía: “Yo sé a quién he creído y estoy seguro” (2 Timoteo 1:14). Mira a las personas a quienes predicas, no a las lámparas ni a tus zapatos. (Agentes de migración sospechan de alguien que les habla sin mirarlos a los ojos, o no se quitan sus lentes de sol. Psicólogos sospechan de las palabras de alguien que constantemente se lleva la mano a la cara). “Tenemos la palabra profética más segura”, predícala con confianza.

11. Sé cortés

Aunque hay que atacar el problema del pecado y señalar los errores de doctrinas de hombres, ten cuidado de no ofender a las personas presentes. Sé fiel al Señor y a su Palabra pero habla la verdad en amor. Al proclamar el mensaje de salvación, alza la voz pero no grita. Ten precaución con los gestos, o ademanes, que haces y el vocabulario que usas.

Estuve en un culto al aire libre en el cual un peatón se sintió agredido por el que predicaba el evangelio. Intervino la policía y amonestó al predicador. Aprendí esa noche una gran lección, pues el peatón tenía razón; el hermano lo había señalado con el dedo, y gritó: “¡Pecador!”

12. Sé compasivo

Identifícate con tus oyentes, no los regañes ni los humilles. No te burles de lo que son o de lo que hacen. Muéstrales con temerá el peligro en que están y lo amoroso y paciente que es Dios. Hazles ver que estás genuinamente interesado en su bienestar temporal y eterno. Estudia a Cristo en los evangelios y observa cómo fue “movido a misericordia” (Lucas 10:33).

13. Sé conclusivo

Recuerda las tres grandes vértebras de la columna de un buen mensaje de predicación:

La ruina por el pecado.

La redención en Cristo.

La responsabilidad del oyente.

Después de mostrarles a tus oyentes el problema que tienen (su pecado) y el peligro en que están (su condenación), lánzales “el salvavidas” (la salvación en Cristo).

Concluida tu predicación, el oyente debería saber por qué necesita la salvación y cómo puede ser salvo. Pero más, debería quedarle absolutamente claro que él, o ella, es responsable de lo que hace con Cristo. Hazle ver las consecuencias trágicas de no recibir a Cristo como Salvador.

14. Sé cauteloso

Ten muchísimo cuidado con los que te oyeron predicar. Dios no te pidió convertir las almas. Los discípulos removieron la piedra de la tumba de Lázaro, pero sólo Cristo pudo darle vida. En Marcos 4 leemos una parábola, peculiar a Marcos (el evangelio del Siervo Perfecto), en la cual vemos a un hombre que sembró (predicó) y durmió (dejó lo demás a Dios). La semilla brotó sin que supiera cómo. ¡Cuántas veces se ha interferido con el Espíritu Santo en la obra que sólo Él puede hacer!

Evita presionar a alguien a que haga una profesión de fe, pues, muchas veces profesiones bajo presión resultan ser falsas. No pongas palabras en boca de una persona. No les pidas repetir cosas tampoco. Deja que el Espíritu Santo les revele su necesidad y la obra terminada a su favor. Ser salvo no es entender una fórmula o cumplir un número de pasos. Ten especial cuidado con los niños pequeños que tienen interés en la salvación. Tú predica, y deja los resultados con Dios.

El teólogo Agustín dijo que le habría gustado ver:

- a Dios manifestado en carne
- a Roma imperial
- a Pablo predicando el evangelio

Cara y sello en la predicación

D. R. A.

Nuestro Señor Jesucristo mandó a sus apóstoles a predicar el arrepentimiento y el perdón de pecados, Lucas 24.47. Predicando Él mismo el evangelio del reino, su mensaje fue: “Arrepentíos, y creed”, Marcos 1.15. El mensaje de Pedro en Pentecostés fue: “Arrepentíos y convertíos”, Hechos 3.19. El fundamento del evangelio es el arrepentimiento de las obras muertas y la fe en Dios, Hebreos 6.1. Por esto, el apóstol Pablo testificaba del arrepentimiento para con Dios y la fe en nuestro Señor Jesucristo, Hechos 20.21.

Estos son los dos temas fundamentales del mensaje del evangelista. El sello, o escudo, de la moneda es el arrepentimiento para con Dios. La cara es la fe en Jesucristo. Quien no proclame ambos, está defraudando al oyente. Quien no enfatice la fe —el creer— está defraudando al Salvador.

El arrepentimiento tiene tras sí temas tales como el pecado, la vida estéril y perdida, la lejanía de Dios y la condenación eterna. Es el lado negativo y triste. Es el mensaje de advertencia. Es un principal **por qué** ser salvo.

La fe tiene tras sí la obra del Calvario, el amor de Dios, la vida eterna, el creer (y venir, entrar, etc.), el cielo y la bienaventuranza eterna. Es el lado positivo, las buenas nuevas, la invitación. Encierra no tanto por qué ser salvo, sino **cómo**.

Una prédica modelo es la de Pedro en casa de Cornelio, Hechos 10.42,43. Dijo que el Señor les mandó predicar al pueblo, y testificar que: • Cristo es el que Dios ha puesto por Juez. • Todos los que en él creyeren, recibirán perdón.

Entre las asambleas de los Estados Unidos había dos siervos del Señor de una misma familia, y a veces celebraban series de predicación juntos. Uno que hoy día es muy mayor dijo: “Cuando predicaba Samuel, uno sabía que el pecador va al infierno. Cuando predicaba Hugo, uno sabía que el creyente va al cielo”. Lo ideal sería ser Samuel y Hugo a la vez.

La mayoría de los grandes versículos evangélicos hacen mención de ambos, y lado a lado. Que el lector tome un momento, por favor, a reflexionar sobre ejemplos que hablan de la paga del pecado y el don de Dios; tener la vida eterna y no ver la vida; ir al castigo eterno y a la vida eterna; la potestad de las tinieblas y el reino del amado Hijo; muertos en pecado, pero Dios nos dio vida; estar cansado y descansar.

Difícilmente puede uno abundar mucho sobre ambos lados del mensaje en una misma prédica, una misma lección en la escuela bíblica o un mismo folleto de evangelización. Pero uno desea mencionar ambos, señalando por qué ser salvo y cómo. Si el que predica primero en una reunión se restringe al lado del arrepentimiento, el que le sigue enfatiza la fe. Si la lección de un domingo versa sobre el pecado en sus alumnos, la maestra habla el domingo siguiente de que Jesús quita el pecado del mundo. En una serie de cultos de evangelización, el predicador se examina, a ver si inconscientemente ha venido hablando mucho juicio y poca cruz, o viceversa.

Sin embargo, creemos que un mensaje **siempre** debe llegar al Calvario. Por mucho que uno se crea guiado a extenderse sobre el pecado y el juicio (y será así solamente algunas veces), uno termina con la mirada de fe al que ha muerto en la cruz. Nosotros predicamos a Cristo crucificado. “El evangelio que os he predicado ... Que Cristo murió por nuestros pecados ... fue sepultado ... resucitó al tercer día”, 1 Corintios 1.22, 15.1 al 4. “(Cristo) fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación”, Romanos 4.25.

El evangelio es en esencia las buenas nuevas de salvación, y hacemos mal al perder esto de vista. Deseamos predicar como Moisés en Deuteronomio 30.19: “Os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida”.

¿Conversiones psicológicas o espirituales?

David Lloyd-Jones; Londres
Ampliado ligeramente por el traductor

Es posible influenciar la mente humana por varios métodos y mecanismos. Esto no se puede dudar. Se ha logrado hacerlo en movimientos políticos, sociales y religiosos por lo menos. Tenemos que reconocer, por supuesto, que los comunistas y fascistas son maestros en el arte de “lavar el cerebro”. Esta tragedia es un hecho, y sería inútil procurar despacharlo como un fenómeno pasajero. A la vez, todos sabemos que las religiones primitivas emplean técnicas como la danza, los tambores, los cantos misteriosos y la conducta sensual como medios para producir los resultados deseados. La historia de la segunda guerra mundial, para ofrecer otro ejemplo, hace ver cómo una sociedad de gente culta e instruida como la de Alemania, pudo dar cabida a una práctica muy arraigada de manipular las masas para conseguir una fidelidad ciega. Estamos hablando de algo que puede suceder en cualquier sociedad. Nos incumbe como creyentes tomar nota de que personas hábiles pueden influenciar las mentes de sus prójimos para producir el resultado que buscan.

¿Qué tiene esto que ver con el cristiano evangélico? Es que a veces nos acusan de conseguir profesiones de fe por medio de técnicas psicológicas. Hay personas,

opuestas al santo evangelio, que dicen que manipulamos las mentes y que las “conversiones” son el resultado de sugestión y presión emocional.

Ahora, tenemos que reconocer la posibilidad de que tendencias malsanas se desarrollen y se difundan entre los que desean proclamar con toda sinceridad el verdadero evangelio del Cristo crucificado. Permítame ofrecer unos pocos ejemplos.

Nadie admira más que yo al noble Jonatán Edwards y la gran obra que el Espíritu Santo realizó por medio suyo en el siglo 18 allí alrededor de Boston. ¡Qué dedicación! ¡Qué poder! Miles fueron los convertidos al Señor en el gran avivamiento que comenzó bajo su ministerio.

Pero me parece que a veces sus descripciones del infierno sobrepasaron todo límite bíblico. Presentaba a esas multitudes escenas de tormento eterno que las Sagradas Escrituras no presentan. A veces su imaginación decía lo que sus ojos nunca leyeron en la Palabra de Dios. Y, repito, Jonatán Edwards era un siervo de Dios como muy pocos que este mundo ha visto.

Hay también la historia de Whitefield. Mi opinión personal es que George Whitefield era uno de los más destacados predicadores que la Iglesia ha conocido después de los tiempos apostólicos. En ese mismo siglo cruzó el Atlántico seis veces, y vio tanto en América como en la Gran Bretaña una obra que nuestras mentes pueden concebir sólo con mucha dificultad. En una ocasión, por ejemplo, predicó a 20.000 personas en la plaza pública de la ciudad de Boston. Pero tengo que confesar que a veces ese paladín iba más allá de lo que la Biblia le autorizaba. Quiero decir que su elocuencia y sus propios poderes mentales se apoderaban de él. A veces su predicación llegaba a un extremo donde ya no presentaba el santo evangelio en toda su dignidad propia, sino que daba un discurso de oratoria. El mensaje, y no la cruz, fue lo que quedó grabado en la mente del oyente.

Otros casos se podrían mencionar, pero voy a limitarme a uno de mi conocimiento. El predicador no era uno de esos varones de Dios, pero sí un orador de mucha capacidad. Sabía relatar una historia “en color vivo” y a veces cometía ese error de dejar que la ilustración fuera más importante que el mensaje. O sea, sin darse cuenta, daba un segundo lugar a las verdades bíblicas porque daba una desmedida importancia a la predicación en sí.

Resulta que una vez ese señor quería enfatizar ante sus oyentes el gran peligro de dejar para demasiado tarde la decisión de aceptar al Salvador. Contó con lujo de detalles de un grupo de turistas que caminó a un peñón que hay frente a la playa en cierto conocido balneario. La marea estaba bajo, y no les fue difícil cruzar las arenas para llegar a ese punto. Pero se quedaron allí demasiado tiempo, admirando el paisaje y la puesta del sol. No se dieron cuenta de que la marea había cambiado y el nivel de las aguas estaba subiendo rápidamente.

De repente uno de los tempora-distas vio que no había playa entre ellos y tierra firme. Estaban a punto de quedar-se aislados, o aun atrapados por el mar que se les acercaba (cosa que sucede en las costas lejos del ecuador). ¿Qué hacer? El predicador pintó un cuadro del gran peligro, de gente indecisa, de personas a punto de ahogarse, etc. Y, con mucha emoción, dudó que alguna se salvara. Después de la pausa dramática, gritó: “Si no corren ya, ¡todos perecerán!” ¿Qué pasó? Bueno, sus oyentes se espantaron, ¡y salieron corriendo de la iglesia!

¿Qué dice usted de ese tipo de predicación? Yo lo condeno rotundamente. El hombre logró un gran efecto psicológico pero no estaba predicando el evangelio. Los oyentes

no estaban pensando en las verdades bíblicas, sino en una escena humana que el predicador había pintado muy hábilmente. Fue una obra de la carne que apeló a la carne, y no una obra del Espíritu hablando al espíritu de los pecadores perdidos.

Nuestra doctrina puede ser acertada, pero con todo podemos dejarnos expuestos a la crítica de los cínicos. Por buenas que sean las intenciones, los métodos pueden ser errados y los resultados falsos.

Por ejemplo, ¿no hay en nuestra obra la tendencia de reproducir el mismo tipo de persona? O sea, se nota la frecuencia con que los convertidos — o por lo menos los que profesan fe en el Señor — proceden de una misma clase o agrupación social. Si es así siempre, algo está mal. Los métodos psicológicos tienden a producir un mismo tipo de resultado. La gloria de la fe cristiana, en cambio, ha sido que ella gana almas de todo estrato social y toda clase de gente.

Debe producir sospecha en nosotros mismos si encontramos que nuestros “resultados” son todos granos de un mismo tallo, o como una serie de estampillas postales en una misma hoja que vende la oficina de correos. ¿Será que hemos descubierto alguna técnica humana que logra arrastrar determinado sector de la sociedad, en vez de que el Espíritu Santo nos esté usando para alcanzar la humanidad de toda clase, como hacía Jesús en su ministerio terrenal? ¿Será que nuestros esfuerzos se han vuelto psicológicos y no espirituales?

Otro asunto que nos obliga a examinarnos es éste de “los resultados pasajeros” de algunas campañas evangelísticas. A veces son muchos los que profesan fe pero pocos los que dan fruto después.

“Sí”, alguien dirá, “¡pero vea a los que perduran!” Bien, gracias a Dios por los que manifiestan por el resto de su vida que sí son salvos. ¿Pero qué pasó con los demás? Tenemos que reconocerlo; tenemos que examinarlo. ¿Por qué dijeron que sí, cuando no hay evidencia de que era realmente sí? Quizás fue que el ambiente les arrastró. Quizás fue que alguien, más entusiasta que sabio, les instó carnalmente a creer —a “entregarse”— en una conversación privada después de la reunión. ¡Oh, cuán peligrosas pueden ser esas conversaciones! Es peor una falsa profesión de fe que ninguna; no porque uno sea más salvo o menos salvo por haber hecho una profesión falsa, sino que la afirmación errada de hoy dificulta la fe verdadera mañana. No vamos a decir que la profesión falsa sea atribuible siempre al evangelista ni a su estilo de evangelismo, pero sí debemos asegurarnos de que éstos no sean parte del problema.

Así, pregunto: ¿Todos nuestros métodos y todo nuestro enfoque al evangelismo están siempre más allá de sospecha? Creo que hay tres razones por qué debemos examinarlos. Primero, si nuestros métodos son errados, abrimos la puerta a las críticas del tipo que he mencionado. Es cosa seria cuando los incrédulos nos atacan así, pero esto no es lo principal. Mucho más importante es el hecho de que esos métodos errados serían antibíblicos. Traen reproche sobre el santo evangelio. El inconverso se queja: “Mire, eso es todo superficial; vea qué pasa después de terminada la campaña de proselitismo”. La razón de mayor peso es ésta: El uso de la presión emocional implica una falta de fe de parte nuestra. Yo diría que toda atención exagerada a la técnica y los métodos es producto de una falta de confianza en el poder de la obra del Espíritu Santo.

¿Qué son, entonces, las lecciones para los cristianos ejercitados en cuanto al evangelismo? Es claro que hay ciertos peligros que debemos evitar.

La primera lección es que no debe haber divorcio alguno entre el mensaje que damos y los métodos que usamos. El pasaje sobresaliente en este asunto es 1 Corintios 2.1 al 5. Dice Pablo: “Cuando fui a vosotros para anunciaros el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabras o de sabiduría. Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado. Y estuve entre vosotros con debilidad, y mucho temor y temblor; ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios”.

Aquí el gran apóstol deja en claro que él rehusaba deliberadamente ciertos métodos, y lo hacía para que todos se dieran cuenta de que los resultados no eran por vía de hombres sino de Dios. Hacía todo “con demostración del Espíritu y de poder”. A propósito no usaba “palabras persuasivas de humana sabiduría”. En otras palabras, el apóstol evitaba deliberadamente lo que sabía ser del agrado de la congregación, o lo que era de su costumbre oír. Tuvo cuidado de no utilizar el estilo de los oradores y filósofos griegos. Se hizo insensato por amor de Cristo, dice en el 4.10. O sea, tanto su mensaje céntrico de la cruz como su manera de darlo parecían simples a los corintios inconversos. La declaración del capítulo 2 que hemos citado es ejemplo y autoridad apostólica para decir que nuestros métodos deben ser controlados de una manera similar, y que deben centralizarse “con demostración del Espíritu y de poder”.

Pero alguno pregunta, “¿Acaso el Espíritu Santo no emplea las técnicas modernas? ¿Por qué dar a entender que el uno está en contra del otro?” La respuesta es que el apóstol Pablo nunca hubiera razonado así. En cambio, rehusaba adrede todo lo que podría ser considerado como la humana sabiduría. Él ha podido asumir una posición a favor de la filosofía, retórica y manipuleo de las emociones, pero con propósito firme se negó hacerlo.

Además, creo que debemos evitar cualquier cosa que da lugar a sospechas que en nuestra evangelización estamos “acondicionando” la gente psicológicamente. Claro, lo importante no es meramente evitar la crítica sino evitar todo lo que desagrada a Dios. Estoy sugiriendo que debemos evitar el uso de “técnicas” en la proclamación del evangelio. Leyendo y escuchando a los inconversos que nos atacan — y me refiero especialmente a aquellos profesionales que se oponen a la fe — me doy cuenta de que les gusta hablar de “las técnicas” de un evangelista u otro. Por supuesto, ellos razonan que si uno sale en busca de resultados psicológicos, entonces uno tiene que emplear técnicas psicológicas para conseguirlos.

Lo que estoy diciendo es que el creyente concienzudo no está buscando resultados psicológicos, y ésta es una razón por que no emplea técnicas psicológicas. Ni la oratoria como tal, ni el drama, ni la mera persuasión emocional, ni la amenaza basada en fantasía, ni la música sugestiva, ni cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado. Lo insensato de Dios es más sabio que los hombres.

Nuestro deber es el de presentar la verdad, confiando en el Espíritu Santo para su aplicación. Si creemos de todo corazón que Él convence al mundo de pecado, de justicia y de juicio, vamos a ser muy cautelosos en ir más allá de poner delante de nuestros oyentes el texto de las Sagradas Escrituras. Acordémonos de cómo el Señor Jesucristo resumió su propio ministerio: *Yo les he dado tu Palabra.*

Otro principio importante es que nunca debemos apelar directamente a las emociones o a la voluntad. Las emociones de uno, y su voluntad de elegir una u otra cosa, deben ser influenciadas a través de la mente. La verdad va dirigida a la mente. Ella la recibe, absorbe, examina y luego elige. (No dije el intelecto ni la sabiduría, sino la mente. Aun la persona de menos preparación tiene mente).

Al presionar a uno a creer — o al asustar a uno, aprovechándose del temor emocional — el predicador intenta crear un cortocircuito, dejando la mente a un lado. Esto no debe ser. Conociendo el temor del Señor, persuadimos a los hombres, pero no los presionamos. Disertamos acerca de la justicia, el dominio propio y el juicio venidero, pero no amenazamos.

Estando Pablo en Atenas, su espíritu se enardecía al ver la ciudad entregada a la idolatría. ¿Y qué hizo? El *anunció* al Dios que esa gente desconocía. Enardecido por dentro, su mensaje se limitó a una exposición maciza acerca del pecado del hombre, la muerte y resurrección de Jesús y el juicio venidero. ¿El efecto? Pues, cuando oyeron, algunos se burlaban, otros aplazaban y otros creyeron. La mucha mecánica, o técnica, divierte la atención de la verdad. En vez de ver la cruz, el pecador ve al predicador, a la experiencia propia (“Yo me siento ...”), a los evangelistas, a los posibles resultados de ser salvo en vez de *cómo* ser salvo. Hacemos mal, hermanos, al enfatizar una mera experiencia, un simple *hacer* algo, una respuesta emocional a una condición creada artificialmente.

“Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo”. Sí, absolutamente sí. Pero esto una vez que el pecador perdido esté despertado, convicto por obra del Espíritu, y convencido de su ruina. Pablo y Silas no atemorizaron a ese carcelero; ellos estaban aparte, orando y cantando. Fue una obra de Dios que tiró a ese filipense a los pies de los evangelistas. Una vez que pidió consejo, ellos dijeron, “Cree”.

De que tenemos emociones, las tenemos. No niego que nuestros oyentes, como nosotros, sienten una condición u otra. No niego que todos reaccionamos ante las impresiones mentales. De que unos son más inteligentes que otros, todos sabemos. Dios nos hizo así. Pero: la salvación no es un proceso intelectual ni una reacción emocional. Es netamente espiritual; es una transacción entre el Espíritu Santo de Dios y el espíritu de un ser humano. El viento sopla donde quiere, y oímos su sonido. Mas no sabemos de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu. Lo que es nacido del Espíritu, espíritu es. Ese nuevo nacimiento —esa conversión— no es con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová en Zacarías 4.6.

Hermanos, grande es el misterio de la piedad, y no nos es dado mirar dentro del arca. El Dios Salvador fue manifestado en carne, justificado en el Espíritu, predicado a nosotros los gentiles, ¡y creído en el mundo! Tenemos que enfrentarnos a una interrogante: ¿Vamos a ocuparnos primordialmente de campañas, esfuerzos propios, maquinaria, metodología, ayudas, organización humana, y lo que *hacemos*? O, ¿vamos a volver al estilo de la Iglesia primitiva, orando ante todo, y presentando con sencillez y humildad la historia de la ruina del hombre, el remedio de Dios y la redención por fe en Jesucristo?

El mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría, pero le agrada salvar a los creyentes por la locura de la predicación.

El predicador procura hallar palabras ***Eclesiastés 12.1***

En el número 88 de *Bet-el*, en 1989, el encabezamiento de este artículo reza:

**“Hemos resumido el escrito de cierto creyente,
oyente en muchas reuniones de evangelización,
que ofrece sugerencias a quien predique el santo evangelio”.**

1. Lea poco, explique mucho

Cuando lee más de unos pocos versículos, nos cuesta seguirle. Si lee mucho sin habernos dicho de antemano cuál será su tema, o por qué va a leer en diferentes partes de la Biblia, nunca aprovecharemos la lectura.

Sugiero que lea sólo el escrito central de su mensaje (y no necesariamente al comienzo de su prédica), y que nos cite los versículos que apoyan su idea.

Cuéntenos la historia; Jesús usaba mucho la Biblia que tenía, pero no repetía las historias en su totalidad. (Si usted no ha tomado el tiempo para conocer bien la porción bíblica, no piense que la mucha lectura va a salvar la situación). Si se ve obligado a leer en diferentes partes de la Biblia, sugiero que lo haga a medida que progresa en su mensaje.

“Comenzando ... y siguiendo ... les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían”.

2. Introduzca su tema al principio y resúmalo al final

Ofrezco para la predicación la regla que nos enseñan para escribir una tesis o dictar una clase:

Diga qué es que va a decir.

Dígalo.

Diga qué fue que dijo.

En otras palabras: introducción / explicación / conclusión.

¿Por qué va a leer esa historia o aquellos tres versículos? ¿Cuáles son los puntos que se presentan para nosotros? Ahora que usted está por terminar su mensaje, ¿cuáles son las lecciones que debemos llevar en mente? Repita su texto básico, pero no tantas veces como para cuestionar nuestra inteligencia.

“Ahora bien, el punto principal de lo que venimos diciendo es ...”

3. Aprovechese del himnario pero básiense en la Biblia

Las ilustraciones son casi necesarias y los himnos — cantados o citados — pueden ayudarnos grandemente a entender su mensaje. Pero favor de hacernos ver, por la mucha referencia a la Biblia, que su mensaje se basa en la Palabra de Dios.

“Escrito está”. “Predique la Palabra”.

Si nos dice dónde en la Biblia — en qué sección — se encuentra la porción que usted va a leer, será una ayuda. A veces hay personas que todavía están buscando el capítulo cuando el predicador ha terminado de leer.

4. Varíe sus temas pero llegue siempre al Calvario

Usted está obligado, creo, a predicar a veces sobre el pecado y el juicio eterno. Jesucristo predicaba también sobre el amor de Dios, la gracia, la fe, su segunda venida, el cielo, el triunfo sobre el diablo, y muchos otros asuntos que corresponden a la reunión evangélica.

Pero cualquiera que sea su tema (y espero que tenga algún tema en cada mensaje), favor de conducirnos siempre a la Cruz. “Nosotros predicamos a Cristo crucificado”.

5. Emplee ganchos, si quiere, pero enfatice versículos

Quizás usted va a “colgar” su prédica sobre cinco palabras que comienzan con la letra “p”. Quizás va a hablar de tres versículos que comienzan con la orden: “Acuérdate”. Bien, esta es una manera de “empaquetar” un mensaje; puede ser adecuada, siempre que sus palabras tengan sustancia y se basen en algún dicho del Señor, o alguna exhortación apostólica que realmente exprese la esencia del evangelio.

Los apuntes y los “ganchos” ayudan pero no creo que deben ser el mensaje en sí. “Acercándose a él sus discípulos, le dijeron: Explíquenos la parábola”.

6. No mezcle ministerio con predicación

Estoy usando estas dos palabras como se las usan en las asambleas que conozco: “ministerio” para nosotros que somos salvos (enseñanza, exhortación, etc.), y “predicación” para las personas que no son salvos.

Me gustan ambos, pero he observado que no es bueno mezclarlos. Hábleme, por favor, de mis deficiencias como discípulo del Señor, pero no en una reunión donde me acompañan amigos que no conocen a mi Señor.

“A vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos, mas a ellos no les es dado”.

7. Respete a sus oyentes; pero no sobreestime sus conocimientos

Conocí a un hijo de cristianos piadosos que no fue salvo hasta ser hombre muy maduro. Le preguntaron: “Usted asistió cada domingo por largos años. ¿Qué pensaba, por qué no creyó antes?” Contestó: “La noche que fui salvo, me parecía haber realmente oído el evangelio por primera vez”.

Pido que no regañe a los jóvenes que me acompañen (ni a otras personas inconversas) por no ser salvos todavía, y no piense que saben la Biblia como usted la sabe. Léi que uno debe predicar el evangelio cada vez “con tanta sencillez como si su auditorio nunca lo hubiera escuchado antes, y con tanta urgencia como si su auditorio nunca lo escucharía más”.

8. Hágase oír, pero no grite

Queremos oírle; por esto vamos a la reunión. Si puede variar el volumen, el tono y la velocidad, mejor, pero sobre todo procure hablar para que cada uno pueda seguir su prédica. Pero, por favor, no grite. Cuando grita, el mensaje no entra.

A veces uno se pregunta si el predicador está enojado, o si se cree superior a los oyentes, o si piensa que el volumen de su voz va a suplir lo que falta en su mensaje.

“Os ruego por la mansedumbre y ternura de Cristo”.

El Sembrador y el Segador

A.C. Gaebelein, Nueva York,

Our Hope, febrero 1937

*Los que sembraron con lágrimas, con regocijo segarán.
Irán andando y llorando el que lleva la preciosa semilla;
mas volverá a venir con regocijo, trayendo sus gavillas.*

Salmo 126.5,6

I Nuestro bendito Señor vino a la tierra cual gran Sembrador

Cual Hijo del Hombre, Él sembró la buena semilla; Mateo 13.37. Él procedió de la gloria celestial llevando la semilla consigo, y prosiguió en su obra llorando mientras la esparcía.

¿Quién podría describir el servicio suyo mientras sembraba? Véale, por favor, sentado junto al pozo en Samaria. Había caminado en el calor del día, sabiendo que alcanzaría a un corazón que iba a recibir la semilla. Cansado, se sentó; sedienta, ella llegó. El terreno era un corazón engañoso y perverso, pero Él lo conoció y le reveló a aquella mujer lo que era.

La samaritana corre al pueblo a dar las nuevas que ahora conocía al Cristo, y en el intervalo Él explica a sus discípulos: "Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra. ¿No decís vosotros: Aún faltan cuatro meses para que llegue la siega? He aquí os digo: Alzad vuestros ojos y mirad los campos, porque ya están blancos para la siega. Y el que siega recibe salario, y recoge fruto para vida eterna, para que el que siembra goce juntamente con el que siega", Juan 4.34 al 36.

Su alimento era el de dar a otros, obedeciendo al Padre y dándole a conocer.

II Su gran siembra el Señor la realizó cuando fue al Calvario.

El Sembrador fue rechazado, habiendo hecho saber que quien le había visitado a Él, había visto al Padre. Pero los suyos le echaron fuera; Él mismo sería sembrado en corrupción.

"Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto", Juan 14.24. Él es el grano de trigo, la preciosa semilla, que vino a dar su vida en rescate por muchos, y de esa muerte emana la vida, la cosecha, el fruto glorioso. Todos los que han creído en Él son el fruto —las gavillas— de su muerte en cruz.

Es el poder del Espíritu Santo que está recogiendo el fruto hoy por hoy. Aquel que sembró con lágrimas se está regocijando al ver el fruto de la aflicción de su alma. Yendo al Calvario, vio la semilla y la aflicción, pero vio a la vez la Iglesia que amó y por la cual se dio a sí mismo.

Este fue el gozo puesto delante, y por ella Él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio. ¡Qué de regocijo el suyo al ver miembro tras miembro incorporado en su cuerpo místico, destinado a participar en el gozo puesto delante!

III Pero hay más: "Volverá a venir".

La siega se acerca para el gran Sembrador. Nos ha dicho que la siega es el fin del siglo, y en esa ocasión Él cosechará. "Al tiempo de la siega yo diré: ... Recoged el trigo en mi granero", Mateo 13.30. Los hijos del reino, el fruto de su siembra, Él llevará a la gloria, a la casa del Padre a estar con Él.

Y, cual Hijo del Hombre, el Varón designado para juzgar en justicia, llevará a cabo los juicios de Dios. "Mete tu hoz, y siega; porque la hora de segar ha llegado, pues la mies de la tierra está madura", Apocalipsis 14.15. Agrega Juan el vidente: "Y el que estaba sentado sobre la nube (uno semejante al Hijo del Hombre, que tenía en la cabeza una corona de oro) metió su hoz en la tierra, y la tierra fue segada".

¡Qué de siega aquella! Los enemigos de Dios y de su Cristo recibirán lo suyo. "De su boca sale una espada aguda, para herir con ella a las naciones; y Él pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso", 19.15. Será tiempo de segar la mies, y ese tiempo no está lejos.

IV "Volverá venir ... trayendo sus gavillas".

El gran Sembrador, el que sembró con lágrimas, el que dio su vida y derramó su sangre, vendrá de nuevo, ¡y consigo traerá sus gavillas! ¡Qué de gozo el gloria serán suyos cuando los portones del cielo abren y Él salga con las huestes redimidas que son el pueblo de Dios! Cabeza de su cuerpo, Señor de todo, habrá llevado sus muchos hijos a la gloria, y ahora volverá con los suyos, "para ser glorificado en sus santos y ser admirado en todos que creyeron", 2 Tesalonicenses 1.10.

"Alzad, oh puertas, vuestra cabezas, y alzaos vosotras, puertas eternas, y entrará el rey de gloria. ¿Quién es este rey de gloria? Jehová el fuerte y valiente, Jehová el poderoso en batalla", Salmo 24. La batalla del Calvario hará saber sus resultados; llevará ahora "su mucho fruto" el que una vez cayó en tierra, murió y quedó solo.

V Pero mientras tanto *nosotros* somos los sembradores.

Es para nosotros seguir en sus pisadas, aun con lágrimas, llevando la preciosa semilla. Hay la tierra dura, las piedras y los espinos, y hay buena tierra. Aun así, el sembrador sale a sembrar. El que tiene oídos para oír, oiga. La comisión que tenemos es de sembrar "junto a todas las aguas", y la regla es: "El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará", 2 Corintios 9.6.

Busquemos al perdido. Confiemos, oremos, salgamos. Pensemos en aquel que sembró solo y está en espera de traer sus gavillas. No nos cansemos, porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos, Gálatas 6.9.